



CARTA BLANCA

AGUSTIN BLAZQUEZ-JEREZ

comentario internacional

Por **EDUARDO HARO TECLEN**

UNA serie de rumores, entreverados de desmentidos frágiles, de confirmaciones oscuras, de noticias atribuidas a «fuentes generalmente bien informadas», a «altos funcionarios que prefieren ocultar sus nombres», tienden a explicar que se está empedrando el camino para un encuentro entre Macmillan, Kennedy y Krutshchef. Se trataría —dicen— de llegar a un acuerdo previo entre ellos para que las interminables conferencias de Ginebra entre los «diecisiete» —conferencias que están acabando con la paciencia de los neutrales, presentes en ellas— encuentren posibilidades de prosperar. Hasta ahora el tema del punto muerto es éste: mientras la Unión Soviética cree que tres inspecciones anuales en su territorio pueden ser suficiente garantía para los occidentales de que no hace estallar bombas atómicas, y de que cualquier explosión que registren las «cajas negras» —o sismógrafos— no es de origen nuclear, los Estados Unidos mantienen que el número de inspecciones debe ser de siete. La persistencia de las dos delegaciones en mantener su cifra impide el avance y causa la natural exasperación en los países llamados «neutrales» que asisten a la conferencia.

SE sabe que Londres y Washington —los «anglosajones», como dice De Gaulle con cierto acento despectivo— han tenido contactos secretos sobre este tema. Se ha sabido también que los embajadores de Gran Bretaña y de Estados Unidos en Moscú han conferenciado con Gromyko, y tal vez a estas horas lo hayan hecho directamente con Krutshchef. Uno de los «se dice» es que, en una fecha muy inmediata, van a conferenciar los ministros de Asuntos Exteriores de los tres países implicados, y que éste será el último y definitivo paso —si ciertos acuerdos de principio quedan establecidos— para la entrevista «en la cumbre». Se anuncian ya posibles ciudades donde sucedería el encuentro: Viena, Ginebra, Roma. Probablemente obedecen más estos nombres al deseo anticipatorio de los periodistas que a la realidad. Pero es indudable que algo está pasando, y que los contactos se hacen cada vez más estrechos.

ES indudable que esta entrevista, si llega a producirse, tendrá otros temas de conversación que no serán simplemente el desarme. Y ello por una razón puramente lógica que se olvida siempre o casi siempre en las conferencias del desarme: que el cese de las pruebas atómicas, el final de la carrera de armamentos, la desmovilización y, en fin, todas las etapas de un desarme realmente eficaz no pueden ser producto más que de un verdadero apaciguamiento político. A pesar de los enormes progresos en la clasificación de las relaciones entre el Este y el Oeste hechos

EL LENTO CAMINO DEL DESARME

en el último año, el mundo está lleno de puntos candentes y amenazadores. La posible base para un acuerdo de desarme sería la conclusión de un «statu quo» con bases sociales, económicas y geográficas que permitiese un «relax» real en el marathon del rearme. Hay ciertos indicios de que Washington y Moscú concuerdan en este principio.

DOS puntos oscuros se presentan en esta posible entrevista de tres grandes. Uno es la existencia de un «cuarto» grande: De Gaulle. Sus dieciocho discursos de las Ardenas —hubo un lejano momento en que se llamaba a De Gaulle «el Silencioso» y al ejército francés «el gran mudo»— pueden reducirse en realidad a uno, desarrollado en varias etapas, repitiendo frases y hasta actitudes: en todos ellos, además de los tópicos acostumbrados de política interior, ha repetido su «no» a los anglosajones. De Gaulle no entiende que pueda llegarse a un «statu quo». Su posición repetida a lo largo de estos discursos se entiende en esta frase: «Hay un cierto «clan» que nos amenaza, que tiene ambiciones que se extienden sobre nosotros mismos, sobre todo el mundo libre. Ese campo debe estar contenido hasta que su propia evolución le aproxime a los hombres libres y le lleve a cooperar con ellos». Se ha dicho siempre que Francia está en el mundo con una guerra de retraso: es posible que esté también con una paz de retraso. El hecho es que De Gaulle no suscribirá jamás un acuerdo de desarme colectivo en tanto Francia no tenga las mismas armas que los otros, de forma que al llegar el parón a las pruebas nucleares no le coja con unos artefactos que hasta ahora sólo sirven para asustar a los nómadas del Sahara, pero que a fuerza de ensayos llegarán a ser bombas nucleares auténticas. Si Francia no suscribe el desarme, la URSS no lo suscribirá tampoco, puesto que seguirá teniendo en frente un enemigo en potencia —y las declaraciones de De Gaulle son lo suficientemente explícitas—; si no se firma el desarme colectivo, los países seguirán progresando en armamento nuclear, Francia estará siempre retrasada, nunca querrá firmar el desarme... Y este círculo vicioso se podrá prolongar hasta el infinito. O hasta que una guerra nuclear decida la suerte del mundo, borrando quizá a Francia del mapa de Europa.

DL otro punto oscuro reside en la representatividad de los tres «grandes» que van a dialogar. Desde la semana pasada hasta ahora se han acentuado las muestras de decadencia de los «grandes». Las apuestas en los «pubs» de Londres ofrecen tres a uno contra Macmillan: nadie cree que los laboristas dejen escapar

las próximas elecciones generales. Kennedy ha sufrido un mes de abril desastroso: su política cubana y sus medidas contra los magnates del acero le han hecho bajar muchos puntos en su ya baja cotización dentro del país y se acentúa la impresión que, salvo acontecimientos por venir, no podrá resistir las elecciones del año que viene. En cuanto a Kruttschef, en su último discurso ha insistido en su deseo de retirarse, y en lo grave que es para la política de un país que su Jefe de Estado insista en prolongar su mandato por conveniencia propia olvidando las circunstancias por que atraviesa su nación. Kruttschef, que acaba de cumplir sesenta y nueve años, ha dicho: «tengo ya la edad del retiro».

KRUTSCHEF, a pesar de su enorme personalidad, es fruto y representante de un sistema: los acuerdos que pudiera concluir con «los anglosajones» no serían hechos en nombre propio, y es muy posible que su sucesor —aunque tarde aún dos años en la sucesión— los pudiera mantener íntegramente. Macmillan, en cambio, representa un partido. Si en las elecciones este partido pierde y es sustituido por otro opuesto, por el laborista, toda la política británica cambiará. Afortunadamente en este caso, Wilson puede llegar más lejos aún de lo que ha llegado Macmillan. El caso más grave es el de Kennedy. Si no es reelegido, hay una casi seguridad de que aparezca en la Casa Blanca alguien como Nelson Rockefeller, y que toda la política americana vire hacia la guerra fría por lo menos en los primeros meses —hasta que la opinión pública la hiciera moderarse—. Por eso, el acuerdo que pudieran firmar los tres grandes resultaría menos operante que un acuerdo técnico en la Conferencia de Ginebra; un acuerdo entre funcionarios tiene más posibilidades de éxito que un acuerdo entre políticos.

DE todas formas la entrevista es de desear. Puede ser un impulso para los técnicos. Según las últimas noticias, hay ya planes concretos que éstos podrían aceptar. Uno de ellos es un tratado en dos partes: la primera establecería que los Estados Unidos y la URSS se comprometerían a no dar armas nucleares ni información nuclear a países que no tengan la bomba, y en la segunda se recogerían declaraciones de otros países comprometiéndose a rechazar para el futuro tales armas. Otro plan que vuelve a resurgir es el «Plan Rapacki» —creado por el ministro de Asuntos Exteriores de Polonia— creando «zonas desnuclearizadas». Este plano fue rechazado en su día por los Estados Unidos. Se dice que ahora lo ha vuelto a considerar y que no lo rechazaría de nuevo.

E. H. T.